

Puerto Real en el recuerdo

RAFAEL CÓMEZ RAMOS
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

RESUMEN

El artículo consiste en los recuerdos de un veraneante sevillano en Puerto Real a mediados de los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, evocando las impresiones que le causaron la población y sus habitantes así como el discurrir de los días en la playa y en los pinares de Las Canteras.

PALABRAS CLAVE

Memorias
Veraneo en la segunda
mitad del siglo XX
Puerto Real
Las Canteras

Memories from Puerto Real

RAFAEL CÓMEZ RAMOS
SEVILLE UNIVERSITY

ABSTRACT

This paper dealt with the memories of a holidays-maker from Seville in Puerto Real through fifty and sixty years of XX century to evoke the feelings about the town and people as well as the days spent on the beach and the pine woods named Las Canteras.

KEY WORDS

Memories
Holidays in the second half
of XX century
Puerto Real
Las Canteras

Las líneas que siguen no quieren ser más que una evocación del tiempo pasado, de unos años y de un siglo que ya se fue. El Puerto Real de mi infancia y adolescencia es el que aún late en mi corazón sin que se hayan borrado aquellos recuerdos que quedaron grabados indeleblemente en nuestra memoria desde aquel venturoso verano en que mi padre pensó que quizá nos gustaría cambiar Puerto Real por Sanlúcar de Barrameda donde hasta aquel año veraneábamos en los años cincuenta del pasado siglo.

|

Lo primero que contemplábamos al salir de la estación de Renfe eran los hermosos jardines del Porvenir y a la derecha la caseta del fielato. Ya nos esperaba el cosario con su carro tirado por una mula para transportar nuestro baúl y demás bultos. Se me aparece borrosa la imagen del cosario Molina al que veo siempre con el uniforme azul de policía municipal pues en el pluriempleo de aquellos años, el atento Molina también trabajaba por las noches como portero del Ideal Cinema, próximo a la plaza de Jesús.

Seguíamos tras el carro la dirección de la calle Sagasta, rectilínea y de blancas casas que nos conduciría hasta el centro de la villa donde enfiláramos el último tramo de la calle de la Palma o de San Sebastián, cuya casa número 13 era nuestro destino: el hogar de un matrimonio sin hijos, la vivienda de doña Irene Ortega de Sánchez era una casa señorial a la que se accedía a través de un zaguán de blancos mármoles a cuya izquierda se abría la puerta de cristales de un extraño comercio en el que ejercía su marido, Ignacio Sánchez, revestido de un babi color crema a tono con el mobiliario de la tienda. En el vestíbulo que abría a un luminoso patio, se balanceaban dos espléndidas mecedoras entre pilistras que enmarcaban un hermoso piano por cuyo marfileño teclado se posaron mis dedos por primera vez resonando los peculiares acordes del severo instrumento.

En torno al patio se abrían varios dormitorios y al fondo se encontraba un espacioso salón comedor a cuya izquierda se pasaba a la cocina y a la derecha al dormitorio de la familia Sánchez mientras a través de una puerta de cristales veíase una fuente adherida al muro de un jardín de lujuriosa vegetación cuyo aroma no se ha desprendido nunca de mi memoria. La casa de Irene, como se la conocía en el pueblo, era una casa donde se alquilaban habitaciones para “embarcados”,

forasteros cuyos barcos se reparaban en los astilleros de Matagorda y un ingeniero italiano que trabajaba en las torres de telecomunicaciones que enlazan la bahía. Y por otra parte, singularmente, un par de veraneantes.

Las casas de Puerto Real me resultaban muy novedosas, de una planta la mayoría de ellas, con sus cierros de cristales para ver sin ser visto, que creaban una cadencia armoniosa a lo largo de la línea recta de las calles que configuran la hermosa cuadrícula que constituye la población, introduciéndonos en un ámbito urbano diferente al intrincado de callejas y revueltas del centro de Sevilla. El color blanco de la cal que alterna con la reciedumbre y rugosidad plástica de la piedra ostionera con que fueron construidas confieren a los edificios un aspecto fuerte y a la vez agradable. En una reciente entrevista el conocido arquitecto y académico Rafael Manzano decía: “En la casa que tenía mi abuela en Puerto Real aprendí la mejor arquitectura, ha sido mi mejor escuela aunque después he tenido muy buenos maestros” (*Diario de Cádiz*, 13-12-2022).

Así pues, la mayoría de estas casas tenían un patio central en torno al cual abrían las habitaciones y en algunos casos un brocal de aljibe, como vemos también en la ciudad de Cádiz. En aquel luminoso patio de la calle de la Palma tuve el gozo de leer partiendo de *Cádiz y Trafalgar*, la primera serie de los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós en la edición en papel biblia de Aguilar que tenía mi padre. También disfruté de la lectura de varios tomos encuadernados de *Blanco y Negro*, con sus realistas ilustraciones de magníficas fotografías de la guerra de los Balcanes, propiedad de doña Inés, la suegra de Irene que gozaba de lo lindo viendo a un niño tan ávido de lecturas. En aquel hermoso patio también degustaría mi primera tarta helada de cumpleaños, obsequio de mi padre con quien visitaba por las tardes la confitería de María Ana en la calle de la Plaza para saborear sus pasteles.

Sin embargo, me convertí también en lector de periódicos – *ABC de Sevilla* y *El Correo de Andalucía* - después que los hubiera leído don Tomás Martín Barbadillo, vizconde de Casa González - el otro veraneante fijo en casa de Irene- a quien le llegaban puntualmente desde Sevilla como suscriptor que era de ellos. El ilustre residente, concejal, jefe de protocolo del Ayuntamiento de Sevilla, Gran Cruz del Mérito Aeronáutico, caballero de la Orden del Cedro del Líbano y de la del Sha de Persia, ocupaba siempre las dos habitaciones que daban a la calle. Por las noches, sentado en la puerta de la casa para tomar el fresco, había que oírle relatar sus atenciones al Sha de Persia y a la emperatriz Soraya o a los distintos dignatarios

que visitaban Sevilla meciéndose en la mecedora al igual que doña Inés mientras la vecina de enfrente preguntaba y preguntaba sobre mil detalles de las embajadas, con lo cual don Tomás cuando se retiraba, terminaba diciendo “¡Qué señora tan pesada!”. Otras veces los comentarios versaban sobre el folletín *La mujer de Putifar* que entonces leía doña Inés. No era cualquier cosa tener como residente a un señor vizconde que exigía los huevos pasados por agua en un punto especial o que pedía unos calcetines inexistentes porque antes los había cogido su hijo (“¡Un señor vizconde sin calcetines!”). De don Tomás aprendí el significado de la canícula porque el siempre pasaba en Puerto Real del 15 de julio al 15 de agosto, el período más caluroso del verano.

Lo que más me maravillaba de aquella casa era su inmensa azotea que ocupaba todo el techo de la espaciosa finca, curiosamente segmentada por unos bloques que correspondían a las divisiones de las habitaciones de abajo, dándole un aspecto laberíntico, que no comprendí hasta mucho después en el entendimiento de que un proyecto inicial de edificar una segunda planta nunca fue realizado quedando sólo sus basamentos en torno al patio central. La magnífica azotea recordaba aquellas pintadas por Pierre de Matheu, que había visto en la ilustración del artículo sobre Puerto Real en el tomo VI del *Diccionario Enciclopédico Abreviado* de Espasa Calpe que aquel año me habían regalado los Reyes Magos. Desde allí los atardeceres eran grandiosos y un día extasiado en su contemplación oí decir a Irene que el cielo parecía una pintura. Mucho tiempo después comprendí también que eso fue lo que expresó Oscar Wilde en su famoso aforismo: “La naturaleza imita al arte”.

Otra de las ventajas de aquella azotea era que por su proximidad a la calle Reyes Católicos, nos permitía oír los espectáculos de cante flamenco sin necesidad de acudir al cine Pastor donde se celebraban. Una noche que había mucho relente y humedad no dejó muy bien al cantaor Fosforito, por lo cual al día siguiente los puertorrealeses dijeron que el Fosforito con la humedad se apagó. El cine Pastor, de verano, tenía asientos de butaca, general y bancos laterales para el público infantil y juvenil, que solía animar con sus gritos los puñetazos que se repartían en los *western*. Cuando terminaba la función sonaba la marcha de *Los legionarios* con lo cual a paso militar todo el mundo, viejos y jóvenes, desalojaban pronto el local. Su programación solía ser muy diferente al Ideal Cinema, próximo a la plaza de Jesús, y distribuían su programación de modo que a media semana siempre hubiera un programa doble. Mi padre, gran aficionado al cine no dejaba de lle-

varnos casi todas las noches aunque cuando se habían visto las películas de los dos cines o se repetían en el programa doble no quedaba otra que sentarnos en los veladores del Bar Regina, donde mis padres tomaban un café y nosotros un cucurucho de helado hasta que cerraban.

Los simpáticos camareros del Bar Regina, que ocupaba la esquina de la calle Reyes Católicos y un buen tramo de la calle de la Plaza, eran los tres jóvenes hijos de su propietario que atendía la barra. Fue muy gracioso una noche que uno de los muchachos acudió para decirnos: “Lo sentimos mucho pero tenemos que cerrar porque el señorito va mañana de cacería”.

La calle de la Plaza con sus curiosos arcos metálicos me resultaba también muy llamativa por sus comercios y por la placita en la intersección con la calle Sagasta donde vi por primera vez las rejas de un calabozo porque aquella era la plaza de la Cárcel. Más arriba estaba la confitería-restaurant de María Ana y la heladería de los valencianos con su sabroso helado de turrón. Años después en esa acera abriría una tienda de deportes el futbolista Juan Lebrón. Siguiendo la calle recuerdo la bodega de un montañés donde una mañana saboreé con mi padre una copita de aguardiente. Enfrente existía una tienda en el bajo de la casa de Campuzano y en la esquina con la calle de la Palma la tienda de comestibles de Joselete donde nos abastecíamos incluso los domingos entrando por la puerta trasera para no ser vistos por el policía municipal. Y no puedo olvidar en el último tramo de la calle, esquina con la del mercado, el antiguo Bar Arca con su salón de billares y futbolines.

No recuerdo qué año fue que se celebró un festival organizado por los veraneantes en el antiguo teatro de Puerto Real, un edificio decimonónico situado en una calle paralela al barrio de la Jarcia, donde acudimos los cuatro al acogedor patio de butacas para disfrutar del espectáculo en el que actuaron los jóvenes veraneantes cantando canciones de aquellos años que, curiosamente, no acierto a recordar y en el que participaron dos amigas de los hijos de don Tomás, simpáticas y guapas muchachas de la buena sociedad hispalense.

Algunas mañanas acudía con mis padres al mercado para hacer la compra pero lo que más me entusiasmaba era el mercado ambulante que se extendía desde la esquina de la calle hasta la puerta misma del edificio. Todo género de artículos se vendían allí al aire libre como en un zoco árabe. El olor de las especias que traía todos los años el manchego de mandil negro que Irene alojaba en la habitación de la azotea de su casa, contribuía al ambiente oriental del mercado. Recuerdo haber

visto también a un ciego vendiendo pliegos de cordel con un romance de crímenes pasionales. Pero de todo ello lo que conservo en mi memoria con más emoción es el pequeño visor que me compró mi padre con el que me entregaron un sobrecito con varios recortes de películas. Cuando ya los habíamos visto, al día siguiente mi padre pidió, por favor, a la taquillera del cine Ideal que le dijera a los operadores que nos dieran los recortes sobrantes de películas con los que obtuve un montón de cortes de *Fort Bravo*, el western de John Sturges que me había deleitado semanas antes con sus enfrentamientos de gringos contra apaches. Qué ajeno estaba entonces de que me pasaría media vida mirando diapositivas por un visor para preparar mis clases de Historia del arte.

El problema de mi madre, al prepararnos el almuerzo, era que el agua muy caliza dejaba duras las legumbres hasta tal punto que un año fue cargando desde Sevilla una garrafa de agua para los guisos. Sin embargo, la solución vino al año siguiente cuando una vecina de la calle de la Palma, la guapísima Agustina, que poseía un aljibe en su casa nos ofreció el agua que quisiéramos. Aquella calle que terminaba en la mar tuvo para mí un significado especial porque al fondo se veía el muelle y, más allá, en la línea del horizonte la animada silueta de las grúas de La Carraca. El último verano que pasé en Puerto Real acudí de madrugada con mi madre para ver las barcas de los pescadores que llegaban después de faenar, bajo la mirada inquisitiva de la pareja de la guardia civil, dos carabineros que armados de capas, fusil y naranjero pernoctaban en la caseta del muelle. Años antes me había encaminado con mi padre hacia el muelle para pescar con una enorme caña de dos secciones como nunca había visto otra igual y que le había encargado fabricar a un conocido. Jamás he visto una caña de pescar tan alta de tal modo que el único lugar donde se podía guardar era en la cocina de la casa de techo muy alto. La expedición no fue muy afortunada porque a pesar de la lejanía que alcanzaba la caña nunca conseguimos ni una mojarrita. Decepcionados con la caña, en otra ocasión marchamos a probar fortuna al río San Pedro sólo con la parte superior de la misma sin que obtuviéramos mejores resultados. Estaba visto que el nuestro no era la pesca.

No puedo olvidar el comercio que por distracción tenía Ignacio Sánchez, el marido de Irene Ortega. Allí se podía encontrar de todo, tanto de ultramarinos como de mercería, aunque no fuera un gran negocio porque no entraba mucha gente, solo un vecino, a veces, o algún residente cuando le faltaba algo, un botón o una cremallera, por ejemplo. Cuando lo conoció mi tío Pepe, que había vivido

en Marruecos, me dijo que en aquel país a esos comercios le llaman *bakalitos*. Sin embargo, Ignacio no era un vulgar tendero sino todo lo contrario. Persona muy seria, culta y leída, con toda la información que le proporcionaba su antiguo aparato de radio, tal vez de los años treinta, ceceaba al hablar con cierto gracejo irónico. Me sorprendió aquel verano en que yo había leído *La rebelión de las masas*, cuando me comentó que él se había leído todos los ensayos de Ortega y Gasset pues era suscriptor del periódico madrileño *El Sol*, dirigido por el famoso filósofo.

II

El placer del baño de mar acontecía en el Balneario de Nuestra Señora del Carmen, que regentaban dos señoras vestidas de luto. Una de ellas sentada en una mesita colocada en la puerta donde se adquirían los billetes de entrada, que se podían obtener también como abonos más económicos. Pasado el gran salón donde se celebraban bailes los domingos, se contemplaba una amplia superficie animada por dos hermosos y exóticos árboles, semejantes a los que crecen en las islas Canarias, y mientras que a la izquierda se alzaba una hilera de casetas destinadas a los hombres, a la derecha se veían en mayor número las casetas de las mujeres formando un cuadrilátero integrado por el grueso malecón de piedra ostionera que defendía la pequeña playa a la que se descendía por escaleras de piedra desde el sector femenino.

Pocas veces nos bañamos en esta playa que terminaba en un poste de madera que señalaba el paso del fangoso canal donde era peligroso adentrarse porque allí ya no había pie. Allí se bañaban una mayoría de niños y mujeres. Recuerdo haberme encontrado un día en este sector con don Miguel Lucena, profesor del colegio San Miguel de Sevilla, que se bañaba allí con sus hijos Miguel y Conchita, y nos mostraba un extraño cangrejo con su cría que por su forma no era cangrejo sino cangreja. También en otra ocasión cuando me adentraba con el agua hasta el pecho vi tumbado por debajo de mí a un niño pequeñito que se había caído y levanté para que no se ahogara.

Ahora bien, donde aprendí a nadar con mi padre fue en el sector separado de los hombres al que se bajaba por una escalerilla de hierro oxidado semejante a la de las piscinas. Allí probé el sabor fuerte del agua salada de la bahía de Cádiz. Nuestro médico de cabecera, don Miguel Carretero Báez de Aguilar, nos había

hablado de las excelencias del veraneo en Puerto Real no solo por las cualidades de su agua marina sino también por el beneficioso oxígeno del pinar de Las Canteras. Era lugar donde residían amigos médicos y catedráticos, como su cuñado don José Hernández Díaz o el más ilustre historiador de la villa, don Antonio Muro Orejón.

Coincidíamos a la hora del baño con Juan Antonio Campuzano, que vivía en la calle de la Palma en un edificio que ocupaba también buena parte de la esquina de la calle de la Plaza y en el que aparecía una lápida de mármol dedicada a su padre, admirable prócer puertorrealeño. Supimos que Juan Antonio era poeta y, desde luego, gran nadador. Un día que se le escapó a mi hermano el balón con el que jugaba, mi padre y él se lanzaron como peces hasta conseguir traer el balón que había llegado casi al centro de la bahía. Simpático, bajito y de cuerpo musculoso y bronceado que contrastaba con la blancura de su cabello, hablaba un andaluz culto con cierto acento y gracejo gaditano. Un año apareció también su novia Lola, sevillana del Patio de Banderas, que nadaba muy bien, excepcionalmente en aquel sector solo para hombres. Otro bañista poeta con el que coincidíamos a la hora del baño era Ángel Carlier, quien tomaba siempre el sol provisto de gafas oscuras y que lucía unos magníficos prismáticos de marina que un día nos prestó para que viéramos en la lejanía por encima de la playa de la Cachucha, la blanca mancha del caserío de Medina Sidonia. También supimos que era capitán de la Armada. Hasta muchos años después en que leí el libro de Aquilino Duque, *Mano en candela*, no supe de las hazañas de Juan Antonio Campuzano, primer alcalde republicano de Puerto Real, voluntario de la División Azul en Rusia y personaje de novela.

Ángel Carlier solía acudir con otros amigos al Ideal Cinema donde disfrutaba del cine francés y de la actriz francesa Danielle Darrieux, como manifestaba a su amigo Pierre, según oíamos los que estábamos en la fila de atrás. Años después deduje que este Pierre debía ser el pintor Pierre de Matheu, pintor de preciosos paisajes de Puerto Real, que pasó temporadas en la villa a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta del pasado siglo. De la afición de Carlier por la pintura nos recuerda la exposición de marinas que tuvo lugar en la taberna marinera “La Ballena”, que había fundado en la calle Vaqueros, cerca de la ribera, con motivo de su inauguración.

Las actividades del Balneario de Nuestra Señora del Carmen no se limitaban al baño cotidiano sino también a la diversión de los domingos con su salón de baile. Lo recuerdo el primer verano con mucha animación pues fuimos con nuestros padres que se sumaron al baile comunitario. A mí se me antojaba algo así como el partido de

fútbol al que me llevaba mi padre en Sevilla y que no entendía en sus idas y venidas como el baile con sus circunvoluciones que contemplaba como un extraño ejercicio. Sin embargo, la música de los pasadobles y ritmos en boga aquellos años, alegraba mi triste espera hasta que mis padres volvían a los asientos. El conjunto musical, se componía de un violín, una batería y un piano, sobre un tablado que se ubicaba al fondo del ángulo derecho del salón. Resultó que el violín que llevaba la voz cantante había hecho el servicio militar con mi padre en Aviación y se conocían. La pianista era su madre y no sé quién sería el batería. De modo que al terminar una de las piezas oímos por el micrófono que a continuación interpretarían el “bayón del gato”, dedicado a mi hermano que ya empezaba a impacientarse en su silla, y cuya melodía se acompañaba cantando a coro en general: “¡bayón del gato, miau, miau!”. El caso es que los mayores, los medianos y los chicos se divertían con aquellos ritmos y mi padre escribió una postal a mi madrina para que se animara a pasar un fin de semana en Puerto Real no sólo por el baño sino por el aliciente del baile.

Una mañana que estaba la marea baja fuimos con mi tío a coger cangrejos desde el muelle por el lado de la fábrica de ladrillos. Entusiasmados con la labor y cuando el cubito de goma estaba casi lleno nos dimos cuenta de que subía la marea y la única solución que teníamos era continuar hasta el balneario antes de que nos llegara el agua al cuello. En principio pensamos que sería un paseo acercarnos hasta allí buscando bajo las piedras pero el inesperado percance nos hizo recapacitar porque a mi hermano más pequeño que yo le cubría ya el agua. Afortunadamente, próximo se acercaba un muchachito navegando en una rudimentaria balsa de madera, que subió a mi hermano, y así pudimos llegar al balneario sanos y salvos.

Siempre contemplé el balneario como el lugar más tranquilo y apacible del mundo. No obstante, un año en que estuvimos desde el mes de Julio hasta Agosto tuve ocasión de contemplar las tempestuosas mareas de Santiago, en las que las olas chocaban contra el malecón e incluso lo sobrepasaban, llegando el nivel del mar hasta la altura del paseo de las casetas de hombres y mujeres, cubriendo por completo todas las escaleras. Era impresionante ver la fuerza del mar. Estando la marea alta, los días tranquilos el malecón era el lugar ideal desde el que se lanzaban al agua los buenos nadadores. Y así fue como conocí al cojito nadador, un niño algo mayor que yo, que allí mismo se desnudó para el baño, descalzándose unas viejas botas de cuero, al tiempo que descubría, después de quitarse varios calcetines superpuestos, que no tenía pie pues aparecía cortado desde el tobillo. Debíó

ver mi cara de asombro porque me explicó que en un accidente en la vía del ferrocarril perdió su pie derecho. Y tan pronto como se deshizo de sus viejas botas, se lanzó al agua desde el malecón, nadando como un pez.

III

Por las tardes, mi hermano y yo disfrutábamos con la llegada a la estación del tren de Matagorda del que bajaban los obreros de los astilleros: la pequeña locomotora de vapor y sus vagones de madera se parecía a los trenes que veíamos en las películas del Oeste. Después de atravesar el paso a nivel con barreras desde la estación de Renfe lo primero que se divisaba era el paseo de las Canteras, con la sombra de sus hermosos eucaliptos cayendo sobre los bancos de material mientras próximo y a la izquierda se alzaban los amenos arcos de la venta de “El Chato”. Más frecuentado los domingos por los vecinos del pueblo era el camino ideal que nos llevaba hacia el verde mar de pinos que se oteaba al fondo donde veíamos como punto de fuga el cobertizo del bar “El Inesperado”.

La carretera corría a la derecha paralela al paseo y a ella abrían hermosos chalets y grandes quintas de recreo, así llamadas “recreos” por los lugareños, y hoy lamentablemente desaparecidas al igual que los eucaliptos que fueron talados y los bancos colocados en sentido inverso al que tuvieron. De todos estos edificios que alegraban la entrada al parque natural de Las Canteras, el más extenso, situado al final del paseo, que lucía un pabellón de hermosa cúpula, era el de los Comes. Los recreos se espaciaban al borde de la carretera que al llegar a los pinares perdía su asfalto y se hacía pedregosa y dura pues, según me dijeron, aquella carretera que conducía hacia Alcalá de los Gazules, fue construida una vez que el generalísimo Franco fue por allí de cacería a la Sierra de Cádiz.

Algunos domingos me iba a leer *Platero y yo*, sentado en los umbrosos bancos del paseo de las Canteras. Y por allí vi pasar al bueno de Ignacio Sánchez, que desprendido de su hábito de tendero, y tocado de mascota gris, lucía un terno oscuro de invierno que causaba calor ajeno en el mes de agosto. Daba largos paseos más bien caminatas pues una vez me contó que llegaba hasta el propio cementerio municipal. Del mismo modo me causó asombro ver a Ángel Carlier, que acudía a misa al colegio de los Salesianos, de elegante uniforme de capitán de Marina cuando estaba acostumbrado a verlo a diario solo con traje de baño.

No acierto a recordar cuándo fue la primera vez que contemplé Las Canteras. Para un infante, que venía de una ciudad llana como Sevilla, la masa verde del bosque de pinos sobre montículos se le antojaba como un paraíso desconocido que había que explorar. Quizá fuera a la caída de la tarde, al atardecer, porque solíamos cenar en el bar del patio del pozo, que llamábamos casa Félix por el nombre de su propietario, simpático y agradable montañés que con su esposa Catalina regentaban el negocio. Aquel lugar por las tardes era de lo más animado por la concurrencia de niños con sus familias, jóvenes veraneantes y vecinos de Puerto Real que paseaban hasta allí. Siempre recordaré la escena de don Antonio Muro, armando caballeros de la Tabla Redonda a sus hijos que se sentaban en las mesas del bar mientras Catalina los abastecía de gaseosas de distintos sabores. El pozo nos parecía el mayor que hubiésemos visto nunca e imposible imaginar uno mayor mientras el columpio que se alzaba desde la altura de los pinos también alcanzaba un espacio increíble. Más de una vez me caí corriendo al bajar desde el depósito de agua, el montículo más alto sobre el bar. Recuerdo mi asombro cuando una noche apareció en el patio del pozo el profesor don Ricardo Lucena acompañado de Pepe Ventura, “el niño del medio millón” como le decíamos, porque había ganado medio millón de pesetas contestando todas las preguntas del concurso de Sopas Gallina Blanca.

Sólo íbamos a las Canteras por la mañana los días en que soplaba viento de Levante y no podíamos acudir al balneario. El rumor de las ramas de los árboles hacía sentirnos dentro de un ámbito maravilloso y la caída de las piñas y sus respectivos piñones que buscábamos entre la tierra amarilla y las hojas aciculadas, caídas de los pinos, se convertían en un juego por novedoso no menos divertido mientras otros niños atrapaban los camaleones para ver de qué manera cambiaban de color al colocarlos sobre una ramita. Las Canteras representan el paraíso de mi infancia, donde jugábamos y nos escondíamos en completa libertad, corríamos, subíamos y bajábamos las cuestas, intentando subir y bajar por el terraplén más alto. Y me hacen evocar las palabras de Fernando Quiñones: “Que dentro de cien años, cuando ya no estemos, en los domingos de mayo y junio sigan las canteras en pie de hermosura, acogiendo y restaurando, reposando y estando”.

En otra ocasión cuando caminaba hasta el final de la avenida de Las Canteras observé a un matrimonio de paisajistas catalanes que pintaban magnífica acuarelas. Motivado por la belleza que plasmaban sobre el papel, al año siguiente acudí

provisto de cuaderno y lápices de acuarela para disfrutar aún más del paisaje. En los años del bachillerato superior en que estudiábamos dibujo artístico, comencé a pintar al óleo, cargando junto al equipaje veraniego el caballete y mi caja de pinturas que llevé un día hasta aquel paraje en que años atrás había visto a los acuarelistas catalanes. Un año después y con un lienzo mayor me atreví con el camino al fondo del llamado primer patio de Las Canteras.

Cuando mi tía llegaba desde Jerez de la Frontera para visitarnos, subíamos con mi madre –ellas con mucho miedo a resbalarse- la empinada escalera de piedra hasta la capillita de la Virgen de Lourdes que se encontraba en una alquería próxima al Pino Gordo. Las dimensiones de esta pequeña hornacina contrastaba con la hermosa gruta casi natural que habíamos visto en la nave del Evangelio de la iglesia parroquial de San Sebastián, una iglesia de planta basilical separada por arcos como no estábamos acostumbrados a ver en Sevilla. También era diferente su portada renacentista e incluso el color de la piedra se me antojaba de lo más exótico.

Sin embargo, uno de los momentos más felices fue cuando una tarde mi padre nos llevó hasta el Pino Gordo, en el límite extremo del parque, y una de las maravillas de Las Canteras porque se trataba de un árbol que no podían abarcar con sus brazos unidos no sé cuántas personas juntas. Otro día coincidí allí con don Miguel Lucena que solía acudir al atardecer para contemplar la puesta de sol, otro de los espectáculos inolvidables del paisaje de Puerto Real. Muchos años después cuando el tren se aproximaba a la estación no vimos ya al Pino Gordo en la lejanía. Sin saber por qué había desaparecido este monumento natural que nos alegraba ver como un símbolo en el horizonte cuando llegábamos a Puerto Real. A la vuelta de uno de mis esporádicos viajes a los recuerdos de la infancia, al regreso melancólico del paraíso juvenil que siempre tiene ese sonoro nombre, me atreví a escribir lo siguiente:

Caminito de la mar,
Puerto Real.
Caminito del pinar,
Puerto Real,
Tu piedra ostionera.
Puerto Real.

ILUSTRACIONES



ILUSTRACIÓN 1. La Estación de Renfe



ILUSTRACIÓN 2. Una calle de Puerto Real: Vaqueros

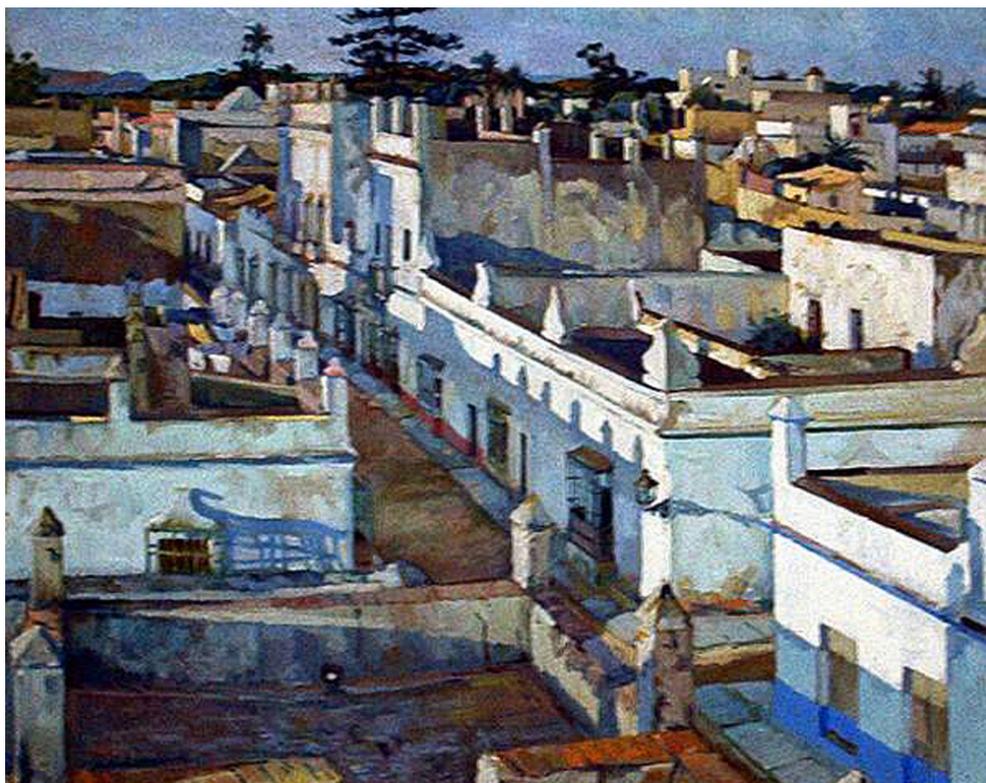


ILUSTRACIÓN 3. Pierre de Matheu, Calle de Santo Domingo



ILUSTRACIÓN 4. La antigua playa



ILUSTRACIÓN 5. El árbol del balneario



ILUSTRACIÓN 6. El muelle



ILUSTRACIÓN 7. Puerto Real desde Las Canteras



ILUSTRACIÓN 8. Quinta de recreo de Las Canteras



ILUSTRACIÓN 9. Patio del Pozo en Las Canteras

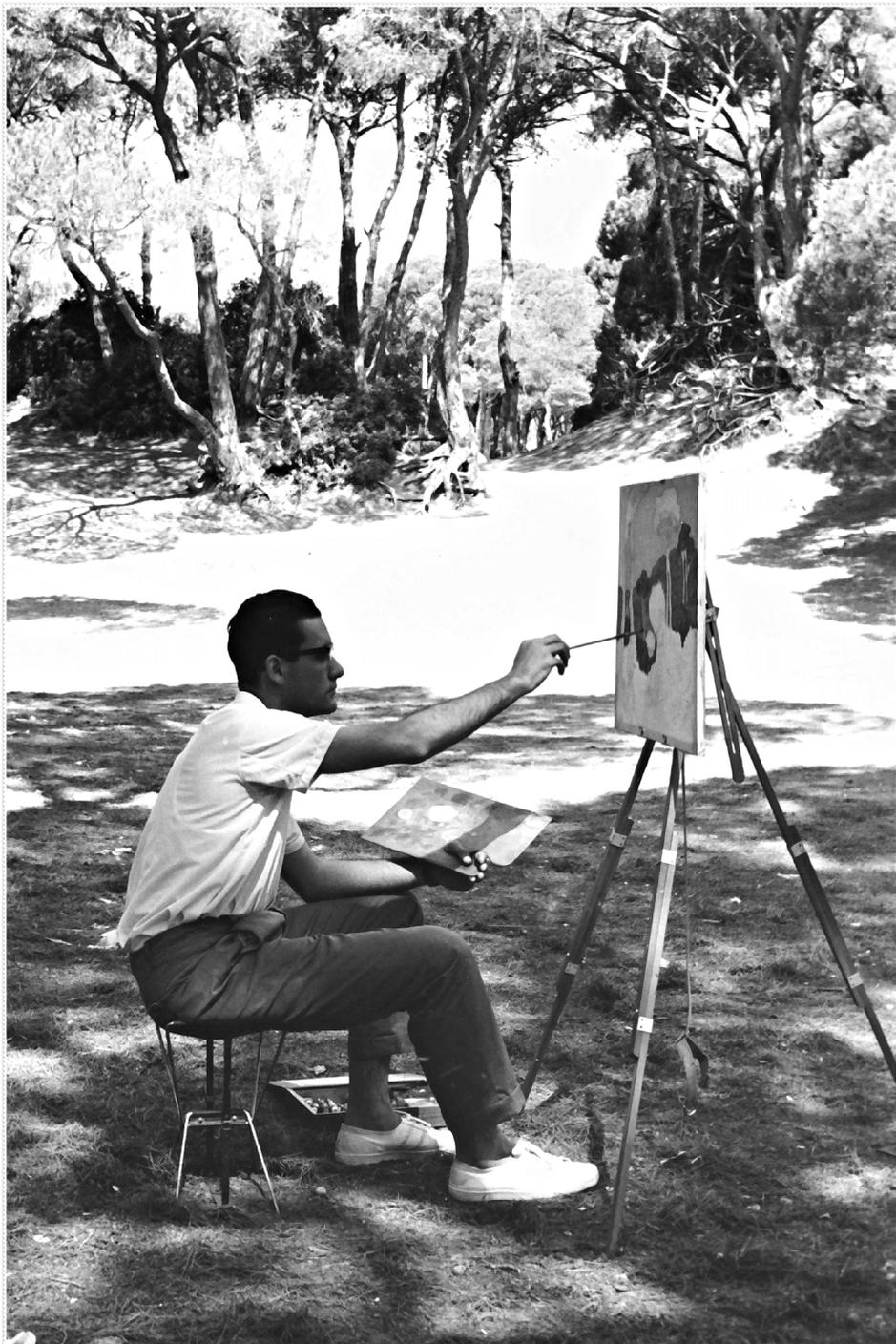


ILUSTRACIÓN 10. Pintando en Las Canteras

